

Carlos Cañas Dinarte

Con el fin de la Primera Guerra Mundial, en El Salvador hubo una verdadera avalancha de transferencias tecnológicas. La electricidad, los aviones, los automotores, los telégrafos y los teléfonos se convirtieron en elementos que marcaban la llegada de una sociedad preindustrial orientada hacia una mayor conexión con el mundo del mañana. Las ciencias y las tecnologías implicaban un cambio: café por nuevas sendas abiertas por máquinas y energías.

Durante la Gran Guerra, el gobierno mexicano de Venustiano Carranza obsequió un aeroplano monoplaza y una estación radiotelegráfica. Las comunicaciones inalámbricas hicieron su aparición así en una sociedad en la que las labores de los telegrafistas eran imprescindibles para enviar y recibir mensajes, en especial en momentos de inundaciones, terremotos, epidemias, plagas, alzamientos y otras circunstancias especiales. Por eso no resultaba extraño que un telegrafista ganara entre 480 y 3,000 colones al año, según fueran sus labores en áreas urbanas o rurales. O si le correspondía atender la estación especial ubicada en Casa Presidencial (hoy predio de la exBiblioteca Nacional, sobre la calle Delgado) y los mensajes de y hacia la Presidencia de la República. Un sueldo alto, si se toma en cuenta que Ricardo Posada -Director General de Telégrafos y Teléfonos durante las presidencias de Fernando Figueroa hasta Alfonso Quiñónez Molina- devengaba 6,000 colones anuales.

Para inicios de esos "locos años 20", El Salvador ya poseía unas 200 matrículas de automóviles de combustión interna, cuyos ruidos se escuchaban en los ambientes urbanos y rurales desde 1910. Además, en San Salvador y alrededores ya hacia tres años que existía una red de tranvías eléctricos, alimentados por la fuerza generada por pequeñas plantas hidroeléctricas como la de Agua Caliente y Milingo, cuyas operaciones habían iniciado entre 1890 y 1892, gracias a la Compañía de Alumbrado Eléctrico de San Salvador, CAESS.

El 15 de octubre de 1921, en la ciudad de New York, durante la Exposición de Industrias Eléctricas, la Radio Corporation imprimió un nuevo hito en la historia de las tecnologías de la comunicación. Ese día realizó la primera emisión mundial de *broadcasting* (difusión). Por primera vez, la voz humana fue convertida en ondas radioeléctricas y fue decodificada y escuchada gracias a aparatos receptores. Así surgieron la radiodifusión y su hermana gemela, la radiotelefonía. De la mano de ambas, un tercer descendiente eléctrico lo marcaría la radioafición.

En la noche del 6 de octubre de 1922, en la sede central de la Dirección General de Telégrafos y Teléfonos en la capital salvadoreña, el colaborador técnico Víctor M. Escobar puso a prueba un aparato elaborado con sus propias manos e inventiva. Con él, pudo sintonizar radioemisoras estadounidenses y cubanas. Diez días más tarde, el lunes 16, el mismo señor Escobar usó una victrola de su propiedad y, en



Víctor M. Escobar.



Ricardo Posada.

Los radioaficionados salvadoreños, pioneros en Centroamérica

ENTRE 1922 Y 1923, UN GRUPO DE SALVADOREÑOS INTRODUJO A LA REGIÓN CENTROAMERICANA EN LAS ONDAS DE LA RADIOAFICIÓN. ESCUCHAR Y TRANSMITIR SE VOLVIERON ACCIONES PARA ABRIR EL ESPECTRO RADIOELÉCTRICO DEL ISTMO.

horas nocturnas, lanzó al aire música de discos de carbón, de 78 revoluciones por minuto. Aquel concierto marcó el inicio de las transmisiones de radiotelefonía desde El Salvador. Desde entonces, las ondas pasarían ya no sólo a ser recibidas y decodificadas, sino también podrían ser codificadas y transmitidas. Así lo comprobó Thomas Lipton cuando, en octubre de 1922, realizó la primera llamada de radiotelefonía desde Nueva York a Londres.

Por las mismas fechas, Gerardo L. Castillo, jefe de la estación radiotelegráfica Venustiano Carranza (ubicado donde ahora existe un parque con ese nombre, en las cercanías de la exCasa Presidencial del barrio San Jacinto, en San Salvador) ofreció otro concierto nocturno con otra victrola, a la vez que realizó una llamada de radioteléfono con un aparato portátil de su construcción, que poseía 50 kilómetros de alcance. Aquella llamada fue contestada en un teléfono normal por un joven ingeniero salvadoreño, J. Federico Mejía, formado en los Estados Unidos de América.

Ante la fascinación desatada por todos esos experimentos de radiofonía y pese a la grave crisis fiscal por la que atravesaba el país, el gobierno salvadoreño decidió invertir 30,000 dólares de la época en la compra de una estación radorreceptora, a la que eventualmente se le podría añadir un transmisor para la divulgación hacia el exterior. Para operar aquellos equipos, el país contaba con los se-